

EL MUNDO DEL LIBRO Y LAS BIBLIOTECAS EN EL JEREZ ILUSTRADO

RAMÓN CLAVIJO PROVENCIO
CARLA PUERTO CASTRILLÓN
AMPARO GÓMEZ MARTÍN

El siglo XVIII aparece, para la particular historia del libro y las bibliotecas, como un período revolucionario. Ello es debido, sobre todo, al avance de la cultura secular frente a la religiosa y al consiguiente retroceso de la utilización del latín ante el florecimiento de las lenguas vernáculas. Podemos decir que es éste un período cuando las viejas universidades y los centros religiosos -tradicionales detentadores desde el Medievo de la iniciativa cultural- cedían definitivamente ante el empuje de “las academias, los salones de las casas nobles, tertulias, y de las bibliotecas”¹.

Todo ello incidirá con fuerza en el particular mundo del libro y, sobre todo, en lo concerniente a su producción y difusión. De esta manera, si durante el siglo XVII la imprenta pasó una evidente decadencia, el “Setecientos” “representa uno de los momentos más brillantes de su historia”².

Históricamente, el siglo XVIII coincide en España con un relevo en la dinastía reinante tras una larga guerra, la de Sucesión. Los Austrias dejan de regir los destinos del Imperio siendo sustituidos por los Borbones, y con ellos un nuevo dinamismo germinado bajo las consignas del “Despotismo Ilustrado” llevará al país a un mayor protagonismo en la escena internacional y a una recuperación en el campo cultural.

La decadencia española al finalizar el siglo XVII era evidente, acentuándose tras soportar las penurias de una guerra. Por ello, las medidas ingentes que los Borbones tomaron para enderezar tal estado de cosas estaban más que justificadas. Estas llegarían a su grado de mayor eficacia con Carlos III (1759), monarca que venía precedido por una experiencia política de más de veinte años al frente de los destinos de Nápoles y que, por otra parte, tuvo “el acierto de rodearse de un grupo de colaboradores que, como él, sentían la necesidad de un inmediato resurgimiento económico y cultural para poner remedio a la desdichada situación de nuestro país”³.

En lo que concierne al mundo del libro, las medidas que el mencionado monarca tomó en aras de la alicaída industria tipográfica española, fueron un gran revulsivo para aquel y, en consecuencia, para la difusión de la cultura en el reino. Entre estas medidas, podríamos destacar la prohibición de importar libros encuadernados fuera del reino⁴, con objeto de

¹ H. Escolar, *Historia de las bibliotecas*, Madrid, 1988, p. 313.

² H. Escolar, *Historia del libro*, Madrid, 1988, p. 389.

³ A. Pérez Rioja, “La protección del libro bajo Carlos III”, en *Revista de Archivos, bibliotecas y Museos*, 1953, p. 243.

⁴ REAL cédula de S.M. y Señores del Consejo por la que se prohíbe absolutamente la introducción de estos Reynos de todos los libros encuadernados fuera de ellos, a excepción de los que vengan en papel o a la rústica..., Madrid, 1778.

proteger a la industria de encuadernación propia; las actuaciones encaminadas a la supresión parcial de la tasa de libros; y el fomento de la industria nacional del papel eliminando las excesivas cargas a que estaba sometido y que en cierta manera dan la razón a Eugenio Larruga cuando explica la principal causa de la decadencia de la imprenta en España durante el siglo XVII: “Entre otras causas de esta decadencia de las Imprentas en España en el siglo pasado, se debe contar por la más principal la falta de buen papel; y como era de excesivos derechos tenía mucha mayor cuenta a los autores el imprimir sus obras fuera del Reyno, mayormente no pagando ningún derechos de entrada los libros, impresos en los países extranjeros, aunque fuesen en castellano. Además de esta gran ventaja, lograban otra, que era no tener que dar un ejemplar de la obra a cada uno de los Ministros del Consejo, como era preciso hacer, impiendola en España”⁵.

El término de la guerra de Sucesión abrirá un largo periodo de paz y la posibilidad de restañar las recientes heridas, siendo el siglo XVIII para nuestra historia local uno de sus periodos más brillantes, donde es palpable el auge económico⁶ interrelacionado con una evidente recuperación demográfica⁷. Esta prosperidad se dejará sentir en todos los órdenes, especialmente en el urbanístico y en el cultural. En lo que respecta al primero, las numerosas obras acometidas transforman el aspecto de la urbe, construyendo edificios, empedrando calles, planificando avenidas⁸... Por su parte, la cultura local vive también un periodo brillante, sobre todo a raíz del surgimiento de la Sociedad Económica de Amigos del País (1781), que aglutinara todas las iniciativas en pro de la cultura, economía e industria, pese a la resistencia de los estamentos más conservadores de la localidad. En esta época florecen, además, los estudios históricos a cargo de personajes que hoy ocupan un lugar privilegiado en la historiografía local, como Bartholomé Gutiérrez o Francisco Virués de Segovia. Curiosamente, este siglo denominado de “Las Luces”, tan favorable en diversos aspectos de la vida local, no lo fue en lo concerniente a la potenciación de su industria tipográfica. A niveles generales y, como ya escribíamos al principio, el siglo XVIII es una etapa feliz para la industria de producción del libro en todo el país, incluso en la provincia de Cádiz: localidades vecinas como el Puerto de Santa María o Cádiz parecen confirmarlo.

Paradójicamente Jerez de la Frontera, pese a ser la quinta ciudad andaluza y la primera en la provincia en la utilización de la imprenta⁹, vive un retroceso de esta actividad o, mejor dicho, su total desaparición de un modo estable desde finales del siglo XVII.

En este sentido, señalaremos que el taller del impresor Cristóbal Requena fue de los pocos registrados a fines del Seiscientos, no teniéndose constancia de otros similares hasta los últimos años del XVIII, al establecer Luis de Luque y Leyva un taller en Jerez. El profesor José Cebrián en su estudio sobre la imprenta jerezana¹⁰, demuestra cómo gran parte de las

⁵ E. Larruga, *Memorias políticas y económicas*, Madrid, 1778, vol. III, p. 202.

⁶ A este respecto, veáse D. I. Parada y Barreto, *Noticias sobre la historia y actual estado del cultivo de la vid*, Jerez, 1868 y M. M^a González Gordon, *Jerez, Xeres, Sherry*, Jerez, 1948, donde se demuestra cómo el auge de la ciudad es debido, en gran manera, al florecimiento de la industria y comercio vinícola.

⁷ La clave del desarrollo en el “Setecientos” es la demografía. En este siglo se advierte un inusitado y significativo interés por ésta. Tres son los censos generales que se realizan: los de Florindablanca, Aranda y Godoy, y el catastro de Ensenada. Disminuye la mortalidad y Jerez, según el censo de 1787, llega a alcanzar los 44.382 habitantes.

⁸ Véase al respecto T. Falcón, “Jerez en el siglo XVIII”, en *Archivo Hispalense*, nº 217, 1988, pp. 177-196.

⁹ A. Rodríguez Moñino, *La imprenta xerezana durante los siglos XVI y XVII (1564-1699)*, Badajoz, 1928.

¹⁰ J. Cebrián García, *Luis de Luque y Leyva y sus imprentas*, Jerez, 1984.

obras literarias, religiosas, históricas e incluso los folletos de carácter oficial como reales órdenes, memoriales, avisos etc., tuvieron que ser impresos fuera de la localidad. Un ejemplo representativo de lo que estaba sucediendo sería el que un libro tan característico de la bibliografía jerezana como “Libro nuevo. Vueltas de escaramuza de Gala, a la gineta” (1737) de Bruno Joseph de Morla y Melgarejo, fuera impreso en la imprenta de los Gómez, en la calle Luna del vecino Puerto de Santa María.

Al listado de relevantes obras de jerezanos impresas fuera de la localidad que José Cebrián aporta en su estudio sobre la imprenta local, nosotros añadimos una más, por la relevancia de su autor Miguel María de Panés y Pabón, marqués de Villapanés, del que hablaremos más adelante, La obra en cuestión es: “El compás de San Francisco”.

Francisco Virués de Segovia y López de Spínola nos deja en breves líneas reflejado lo que sería el panorama de la industria tipográfica y el comercio del libro en las postrimerías del siglo XVIII en Jerez:

"Hay una imprenta, un mercader de libros, un encuadernador y tratante de ellos, y otros dos o tres que generalmente se ejercitaban en este trafico: proporcionando la intermediacion de Cadiz y Sevilla el surtido en cuantas obras se necesitan en esta ciudad con la mayor prontitud por la frecuente correspondencia que hay entre ellas"¹¹.

Este estancamiento de la imprenta local a lo largo de casi todo el siglo XVIII, puede considerarse como un fenómeno atípico si lo relacionamos con el comportamiento de otras manifestaciones culturales, como sería el auge de las colecciones bibliográficas locales. En este sentido, son incontables los testimonios que nos han llegado del florecimiento de bibliotecas pertenecientes a estamentos públicos o de particulares, y si bien los datos cuando particularizan no son excesivamente prolijos, sí permiten hacernos con una visión global de las bibliotecas jerezanas de la época, de las que por supuesto destacan dos que, por sus especiales características y riqueza excepcional, hemos dejado para tratar en los apartados finales.

Al igual que en la vecina Cádiz, los primeros y más importantes fondos bibliográficos aparecen en los conventos y comunidades religiosas, como las de Dominicos, Franciscanos y Mercedarios Calzados. Quizás la del Convento de Santo Domingo fuera la más estimada. Su fundador, Fray Dionisio de Palma, obispo de Cartagena de Indias en 1578, donó su biblioteca no sólo para su utilización por la congregación, sino también por el público en general. De esta manera, podemos considerarla como un lejano antecedente de biblioteca pública en la ciudad.

Sin duda, las bibliotecas que en mayor grado proliferarán en la ciudad durante el siglo XVIII serán las particulares. Cosa lógica si pensamos, por un lado, en el florecimiento económico de la ciudad y por tanto, del enriquecimiento de sus clases dirigentes; y por otro, en el especial interés que estas clases manifiestan durante esta época por el libro, llegando a convertirse en moda lograr reunir una numerosa y selecta biblioteca.

¿Cómo eran estas bibliotecas? Es conocida la afición de los bibliófilos de esta época a decorar la biblioteca con cuadros, esculturas e incluso piezas de distinta índole como objetos de medición náutica, esferas terrestres, etc., Afición que se puso de moda en el siglo anterior y que en el Setecientos tuvo su máximo exponente en Sir Hans Sloane, el que fuera presidente de la Royal Society londinense, y que dejó al morir al Parlamento británico su gran biblioteca –3.488 manuscritos y 40.000 impresos- que a su vez incluía “una gran colección de objetos

¹¹ F. Virués de Segovia y López de Spínola, *Epítome de algunas antigüedades, sucesos memorables... de la muy noble y muy leal ciudad de Xerez de la Frontera*, Jerez, 1889, p. 52.

curiosos, desde fósiles, plantas y minerales hasta medallas”¹². Sería la base de la futura British Library.

Ciñéndonos a nuestro país y, en concreto, a la provincia de Cádiz, son pocas las referencias de primera mano que nos han llegado sobre la disposición interna de estas bibliotecas particulares. Sin embargo, los datos que nos aporta sobre la suya uno de los grandes bibliófilos gaditanos de la época -Nicolás Cruz Bahamonde, Conde de Maule- nos dan la posibilidad de dibujar con -fundadas esperanzas de acercarnos a la realidad- los perfiles básicos de lo que sería una biblioteca particular en el siglo XVIII:

"Ocupaba una gran sala de 10 varas, circuida de estantes de caoba, adornados con pilastras jónicas y armónicamente distribuidas; la ornaban además 33 retratos de personajes ilustres de la Literatura, las Ciencias y las Artes.

Presidía una medalla en pórfito del Creador..."¹³

Si, como decíamos antes, era propio entre las clases dirigentes de la época el aldear de buena biblioteca, es presumible que en Jerez, al igual que en la vecina Cádiz, rara fuera la vivienda de noble o prohombre de la ciudad que no tuviera un espacio destinado a albergarla. Pero de todas ellas, sólo unas pocas llegarán a despertar el interés de propios y extraños. En este último apartado estarían, sin dudarlo, las de los jerezanos Francisco de Paula y Peralta -bibliotecario que fue del marqués de Villapanés-, Manuel Ponce de León y Zurita -marqués de Merito- y la de Francisco Xavier Virués de Segovia, entre otras.

Respecto al contenido de estas bibliotecas, podemos afirmar que las preferencias en cuanto a la adquisición de libros por parte de sus propietarios no serán las mismas, experimentando una evolución desde principios de siglo hasta 1789.

Hemos tenido la fortuna de poder hojear un catálogo de Librería de 1751, impreso en Cádiz, que puede ser tomado como ejemplo de lo que serían los gustos de los lectores de la provincia, debido a los intensos intercambios que por estas fechas se aprecian -en lo que a producción literaria se refiere- entre poblaciones como Cádiz, Jerez, El Puerto de Santa María o Sanlúcar. En el catálogo mencionado, de 376 páginas, se ofertan las obras existentes en la librería, divididas en cuatro grupos: libros Teológicos, Jurídicos, de Historia Sagrada, Profana y Literaria y libros de Varia Erudición. El examen del catálogo confirma lo que en un principio anunciábamos: el lento pero palpable cambio que se va apreciando en la temática de los libros y en la utilización de las lenguas vernáculas, en detrimento del latín. Así, de las más de 5.000 referencias de obras que nos proporciona el catálogo consultado, casi un tercio está escrito en castellano sobre todo dentro de los dos últimos apartados de libros de Historia Sagrada, Profana y Literaria, y el de libros de Varia Erudición. Podemos destacar, una mayor oferta de obras literarias frente a las tradicionales de tema religioso, jurídico o histórico. Incluso se publican pequeños folletos, como el de Juan Manuel Hacedo y Espina¹⁴, donde se confirman todas estas tendencias que se advierten en el particular universo del libro.

Las postrimerías del siglo se ven sacudidas por los aires revolucionarios procedentes de la vecina Francia. Con respecto al libro en nuestro país y, por tanto, en nuestra provincia y concretamente en Jerez, esto tuvo consecuencias desfavorables al tratar de evitarse la introducción de las ideas revolucionarias coartando la libre circulación del libro. Queda

¹² H. Escolar, *Hª de las bibliotecas*, p. 320.

¹³ Cita entresacada de Pablo Antón Soler, "Bibliotecas y bibliófilos gaditanos", en *Archivo Hispalense*, nº 276, 1974.

¹⁴ J.M. Hacedo y Espina, *Carta dirigida a un amigo en que se le da la razón de las facultades y libros de que debe instruirse no sólo un poeta, sino cualquiera que aspire a la Erudición Universal*, Madrid, 1769.

patente de esta manera, el brusco cambio en el ocaso del llamado “Siglo de las Luces”, que se acentuaría, dando lugar a una nueva etapa en la historia del libro.

Llegado el momento de hacer un balance final en lo que respecta a Jerez, parece evidente un retroceso de la industria tipográfica en la ciudad, pese a los prometedores antecedentes y las favorables condiciones socioeconómicas que atravesaba. Sin embargo, ello no significó una carencia en la demanda de libros, sino simplemente que no se le dio una cumplida respuesta hasta declinar el siglo, con el establecimiento de la imprenta de Luis de Luque y Leyva. Por tanto, los libros de los estudiosos y eruditos locales tuvieron que ser impresos fuera del término municipal durante mucho tiempo.

También hay que tener en cuenta que las pequeñas tiradas de las nuevas publicaciones y la competencia de importantes talleres de impresores en poblaciones cercanas, que podían absorber parte de la demanda existente en la provincia, no propiciaban la proliferación de dichos talleres en Jerez, pese a las ventajas que recoge la legislación del momento para estos profesionales. Entre estas medidas, mencionaremos las que eximían del servicio militar a aquellos que fundaran talleres de impresión móviles.

En cuanto al mundo de las bibliotecas en Jerez, señalaremos que, tanto las eclesiásticas como las de particulares experimentan un florecimiento, llegando en algunos casos a reunirse colecciones bibliográficas cuya fama traspasará los límites del término, como sería la del marqués de Villapanés, en la que más adelante nos detendremos con especial atención. Sin embargo, respecto a lo que nos ha quedado de aquellas bibliotecas, no podemos darnos por satisfechos. Es cierto que reputadas colecciones -como las de Francisco de Paula y Peralta o la de la Sociedad Económica de Amigos del País, han llegado casi intactas hasta nuestros días; la primera, en parte, conservada en los fondos bibliográficos antiguos de la biblioteca del Instituto Padre Luis Coloma, y la segunda, integrada en los fondos históricos de la Biblioteca Municipal la ciudad. Desgraciadamente las dos más importantes y selectas colecciones bibliográficas jerezanas del siglo XVIII de las que tenemos noticia -la biblioteca del marqués de Villapanés y la del obispo Juan Díaz de la Guerra- no han corrido tan favorable suerte, por muy distintos motivos: la primera, porque desapareció en un siniestro; la segunda, por las pérdidas y deterioros constantes que, al parecer, ha sufrido y sufre la primitiva donación.

Pero dediquemos a continuación, como habíamos anunciado, algo más de atención a estas dos últimas bibliotecas.

LA BIBLIOTECA DEL MARQUÉS DE VILLAPANÉS

La biblioteca de Miguel María Panés y Pabón, marqués de Villapanés, constituye una de las colecciones bibliográficas más significativas del siglo XVIII en Jerez, no sólo por su número de volúmenes, sino también por la calidad de los mismos. No en vano, es de las bibliotecas más citadas en la bibliografía de la época. Desafortunadamente, no ha llegado a nuestros días, pues se perdió en un naufragio cuando era trasladada a Génova, ni tampoco poseemos un catálogo de las obras que contenía. Sin embargo, tenemos constancia de su importancia por los testimonios que nos dejaron sus coetáneos: jerezanos que la visitaron como J. Portillo¹⁵ y F. Virués de Segovia¹⁶, o viajeros que llegaron a la ciudad y reseñaron en sus obras los aspectos más representativos de ella, como A. Fee¹⁷, A. Ponz¹⁸ y A. Conca¹⁹.

¹⁵ J. Portillo, *Concisos recuerdos de Jerez de la Frontera*, año 1847, Ms.

¹⁶ F. Virués de Segovia y López Spínola, *Epítome de algunas antigüedades...*, Jerez, 1889.

¹⁷ A. Fee, *Souvenirs de guerre d'Espagne*.

Destaquemos, para comenzar, algunas notas acerca de la controvertida personalidad de Villapanés. Hombre profundamente admirado por unos, fue también odiado y satirizado por otros. De lo que no cabe duda es de que fue un personaje relevante en la vida de la ciudad, en la que participó de un modo activo.

Desconocemos la fecha de su nacimiento, pero sabemos que murió hacia 1828. Su vida transcurrió, pues, en una época de intensa efervescencia nacional con la Guerra de la Independencia y el conflictivo reinado de Fernando VII. En ambos acontecimientos mantuvo una postura radical con consecuencias no siempre favorables. En el primer caso, se sumó a la causa nacional, siendo su casa saqueada por los franceses; en el segundo, fue un enemigo acérrimo de la Constitución de 1812, lo que le valdría numerosos enfrentamientos con los liberales.

Villapanés nació en el seno de una de las familias más ilustres de la ciudad. Como miembro de la nobleza jerezana lo encontramos participando, con especial protagonismo, en las celebraciones profanas y religiosas. Su fortuna la permitía, además, mantener uno de los palacios más suntuosos y ricos de la localidad. De su prestigio social no nos cabe ninguna duda, pues cuando en 1872 se espera la visita del conde de Artois, el cabildo acuerda que quede alojado en su casa, aunque acontecimientos de última hora hacen que tan ilustre personaje se hospede en el Alcázar.

A su condición de noble y rico, unía Villapanés una buena preparación intelectual, con una profunda preocupación por la educación y el desarrollo de la economía en Jerez. En este sentido, como “hombre ilustrado” de su tiempo, lo vemos formando parte de la Sociedad Económica Jerezana Amigos del País, de la que fue su primer director en 1785. Entre sus actuaciones, destaca la puesta en marcha de varios telares y clases públicas en su casa. Ambas iniciativas no durarán mucho tiempo, ya que los telares empezaron a funcionar en 1876 y se cerraron al año siguiente, por la falta de medios económicos y las continuas tensiones entre sus miembros. Su labor como director de aquella institución estuvo envuelta en la polémica, debido a su autoritarismo y a su celo para que, tanto la Iglesia como el Cabildo, estuvieran presentes en las decisiones que tomará la sociedad. De esta manera, se formaron dos bandos en su interior: los serviles, capitaneados por Villapanés; y los liberales, representados por Miguel Brickdale. Fue éste último un decidido adversario del marqués, contra quien solía escribir en el *Diario Mercantil de Cádiz*. Así, veremos que se establecerá entre ambos un continuo enfrentamiento que trascenderá de las disputas entre miembros de la sociedad, al ámbito político.

La polémica entre Villapanés y Brickdale o, lo que es lo mismo, entre conservadores y liberales tuvo su eco en la prensa. Por aquellos días aparecían en Cádiz numerosos diarios con un matiz claramente político, en un tono apasionado, entre conservadores y progresistas. Especial dureza tuvo el enfrentamiento entre el *Diario de la Tarde*, dirigido por Villapanés, y el *Diario Mercantil de Cádiz*. El primero, el más representativo del bando servil, y el segundo del liberal. En esta contienda periodística, la figura del marqués no salió bien parada, pues con frecuencia su persona era ridiculizada a través de los artículos publicados y en los panfletos que circulaban entre la población²⁰.

Hemos visto que la personalidad de Villapanés y, en especial, sus ideas políticas suscitaban entre sus contemporáneos distintas opiniones. Sin embargo, los testimonios

¹⁸ A. Ponz, *Viaje de España*, Madrid, 1947.

¹⁹ A. Conca, *Descriziones odeporica della Spagna...*, Parma, 1795.

²⁰ Para ilustrar este aspecto, véase M. Bertemati, *Memoria histórico-crítica de la Real Sociedad Económica Jerezana...*, Jerez, 1862, pp. 186-189.

recogidos sobre su biblioteca tienen un denominador común: la describen como la más importantes de la ciudad.

Sabemos que la biblioteca se encontraba en el palacio y estaba abierta al público. No tenemos datos sobre la disposición de la misma, pero sí podemos imaginarnos el lujo y cuidado con que estaría puesta, acorde con la decoración del resto de la casa, en la que destacaban las pinturas al fresco.

Acerca del número de volúmenes, las opiniones oscilan entre los 2.000 estimados por Virués de Segovia²¹ y los 11.000 apuntados por Portillo²². La cifra de Virués nos parece que se queda corta comparándola con otras bibliotecas particulares de la época. Por otro lado, la descripción tan pormenorizada que hace Portillo, demuestra un mayor conocimiento de la misma. Nos inclinamos, pues, por la opinión de éste último.

Esta biblioteca era importante, como comentábamos al principio, no sólo por su número de volúmenes, sino también por la calidad de aquellos: cuidadas ediciones, incunables, manuscritos, minaturas y grabados. Esto queda bien reflejado en el manuscrito de Portillo²³:

"...tuvo una famosa biblioteca y en ella ha visto un Aulo Gelio de 1459, Roma imprenta de Pedro Maximis: un Marco Tulio Cicerón, edición de París 1461: un Plinio, historia natural, Roma 1473: Un Virgilio, edición de Cremona 1474: Un Amiano Marcelino, edición de Roma 1474; Un Eusebio Cesariense 1474 y otras varias. También tenía veinte manuscritos, entre ellos un Diurno y un Breviario, o sean Antífonas, en pergamino del siglo XV con lindas viñetas y figuras: un Breviario o memoria, de letra muy menuda que contenía los cuatro cuerpos y la vida de Carlos Quinto, original de Pedro Mexía con la data de 1.551. "

Analizando el contenido de la biblioteca podríamos deducir que Villapanés, además de ser un excelente bibliófilo poseía, una amplia cultura con conocimiento de los clásicos, de la historia y, por supuesto, de temas religiosos. Tampoco debemos olvidar la impresión favorable del escritor A. Fee al visitarla y encontrar gran cantidad de libros en francés. En este sentido, la cercanía de dos núcleos comerciales importantes, Cádiz y Sevilla, permitirían a Villapanés estar al día de las novedades literarias. Sabemos también que Villapanés se preocupó de incrementar su colección con otras de prestigio, pues según nos refiere A. Ponz²⁴, compró la del marqués de la Cañada, “caballero de exquisito gusto”.

La preocupación de Villapanés por su biblioteca iba más allá de contentarse con formar una de las colecciones más importantes de la ciudad. La excelente calidad de sus obras requería el cuidado de un personal cualificado que velase por su conservación. Por otro lado, no hemos de olvidar que estaba abierta al público, lo que se exigía una mayor organización de los fondos.

El personal encargado de la biblioteca era numeroso. Virués de Segovia²⁵ nos habla de dos bibliotecarios y varios sirvientes. Los primeros estaban destinados al mantenimiento de la colección, y los segundos se dedicaban a las tareas de limpieza. Francisco de Paula y Peralta ejercía como Primer Bibliotecario. Profesor de Humanidades, poseía, además, conocimiento

²¹ Virués de Segovia, *Obra cit.*, p. 49.

²² J. Portillo, *Obra cit.*, p. 26.

²³ *Ibidem*, p. 26.

²⁴ A. Ponz, *Obra cit.*, t. 17, Carta VI, p. 1547.

²⁵ Virués de Segovia, *Obra cit.*, p. 49.

de lenguas orientales. Fue secretario personal y hombre de confianza del marqués. Con el tiempo, llegaría a formar una biblioteca de importancia que fue donada, como ya señalamos, al Instituto Padre Luis Coloma. El puesto de Segundo Bibliotecario lo ocupaba un profesor de matemáticas, conocedor de idiomas que, a su vez, impartía clases públicas en el palacio.

Hasta el momento, carecemos de más datos sobre Villapanés y su biblioteca, salvo el trágico final que ésta tuvo. Efectivamente, a la muerte del marqués, en 1828, la biblioteca fue trasladada a Génova. Desconocemos las razones por las que Villapanés decidió donar su preciada colección a un lugar tan distante. Desgraciadamente, este valioso legado desapareció en el mar, perdiendo la ciudad uno de sus patrimonios bibliográficos y documentales más ricos.

LA BIBLIOTECA DE LA CATEDRAL

Los orígenes de la biblioteca de la Catedral jerezana²⁶ se remontan a las postrimerías del siglo XVIII, concretamente a 1793, año en el que Juan Díaz de la Guerra -entonces obispo de Sigüenza- legó su interesante y valiosa colección de libros al entonces Cabildo Colegial. Antes de centrarnos en el tema que nos ocupa, hagamos un breve inciso que nos permita conocer quién fue tan generoso donante.

Juan Díaz de la Guerra nació en Jerez en 1727. A pesar de que su familia no disfrutaba de una posición económica desahogada, desde pequeño recibió una educación esmerada: primeros estudios en la Compañía de Jesús, luego en la Escuela de Arte del Convento jerezano de Santo Domingo, estudio de la carrera de Derecho en Granada... Ya dentro de la Iglesia, desempeñó diversos e importantes cargos, tanto en España como en Italia. En 1772, fue designado obispo de Mallorca y en 1777, obispo de Sigüenza, donde llevó a cabo una excelente labor en defensa de mejoras en el trabajo, la educación, la beneficencia y la moral. También en aquel año fue nombrado académico honorario de la Real Academia de la Historia. Buen cultivador de las ciencias y las letras -en especial de las lenguas clásicas y semíticas- reunió una gran biblioteca, un monetario y otras antigüedades que en 1793 -siete años antes de morir- legó a la iglesia principal de su ciudad natal, donde años atrás había sido capitular. Esta generosa donación fue, sin duda, la base que motivó la constitución de la biblioteca de la Colegial que, con el paso del tiempo, fue enriqueciéndose con otras donaciones -ya menos importantes- de canónigos y beneficiados. Lógicamente, el Cabildo Colegial acogió con entusiasmo el legado del obispo Díaz de la Guerra. Sin embargo, tuvieron que pasar muchos años y no pocas vicisitudes para que la colección bibliográfica estuviera definitivamente instalada.

Manuel L. Ortega describe la biblioteca después de la visita que realiza en 1916. Tras una puertecita de la Sacristía existía una escalera labrada en el muro que daba acceso a la biblioteca. Esta constaba de un despacho, un saloncito o vestíbulo y una gran sala de 20 m. de largo por 5 m. de ancho con amplias ventanas²⁷. El saloncito o vestíbulo también se denominaba “el joyero”, ya que allí estaban ubicadas las piezas más valiosas, concretamente en dos alacenas situadas a ambos lados de la puerta. Gómez Moreno describe estas alacenas:

"La una contuvo libros preciosos y raros, incunables ediciones elzevirianas y plantinianas de gran mérito... la otra alacena... es el verdadero tesoro de la biblioteca: allí quedan algunos centenares de antiguos y valiosísimos códices, bastantes de ellos griegos, otros árabes y otros latinos, y la mayoría de crónicas y tratados castellanos; muchos de ellos escritos sobre vitela con inusitado esmero,

²⁶ Manuel L. Ortega (“El dómine gafas”), *La vida que pasa*, Madrid, 1916, pp. 17, 18 y 21.

²⁷ M. Ortega, *Obra cit.*, p. 18.

y no pocos resguardados por tapas de piel con primorosas labores mudejares y del Renacimiento...¹²⁸.

En cuanto al número de volúmenes que esta biblioteca poseía, señalaremos que, debido a la diversidad de opiniones al respecto, es difícil determinar una cifra exacta: mientras que Manuel de Bertemati en su informe de 1873 dirigido al Gobierno apunta unos 4.329 volúmenes²⁹, Grandallana³⁰ recoge unos 2.140 y Mariano Pescador³¹ señala unos 5.000. Por último, en la entrevista que Manuel L. Ortega (“El dómine gafas”)³² realiza al P. Hortas Cáliz en 1916, se menciona la cantidad de 7.000 volúmenes. Probablemente, puede que los fondos iniciales fueran algo menos (en torno a 3.000 v.) y que, tal como apuntábamos líneas atrás, la biblioteca fuera incrementando sus fondos gracias a pequeñas donaciones de canónigos y beneficiados.

Respecto a la temática de la colección bibliográfica de Díaz de la Guerra, señalaremos que no se ceñía exclusivamente a obras de tema religioso. En ella podrían encontrarse otras obras de temas diversos. Muchos eran tan valiosas y “de tan raro mérito que por sí solas cada una de ellas constituirían el orgullo de cualquier biblioteca”³³. Entre estas obras destacaremos como más representativas:

- El número de Biblias -más de sesenta- entre las que destacaban: la Políglota -también llamada londinense- impresa en 1657 y escrita en nueve idiomas, con caracteres hebreos, samaritanos, griegos, caldeos, asirios, árabes, etíopes, persas y latinos; la Parisien; la Biblia de Felipe II; una edición en octavo de una Biblia judía ...
- Una importante colección de sesenta y ocho manuscritos. Entre estos últimos, el P. Hortas consideraba digno de mención una Historia de Jerez escrita en 1793 por el Presbítero Molero Palomino Rendón. Otro manuscrito interesante era el titulado “Historia de la Casa de Niebla”, iluminado con preciosos dibujos a pluma. Esta pieza era muy codiciada por los bibliófilos. De hecho, el P. Hortas Cáliz contaba cómo el duque de T'Serclaes quería adquirirla a toda costa³⁴. “Paupertate Cristi” era el título de otro manuscrito curioso escrito en el siglo XIII en latín abreviado. También no podemos dejar de citar la rica colección de cartas que el cardenal Jiménez de Cisneros envió a Diego López de Ayala, su camarero y canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Toledo.
- Otra obra digna de mención era una edición rarísima de 1522 de la Geografía de Tolomeo, con mapas a color en los que la Tierra no aparecía redonda.
- Por último, destacaremos como muy valioso un misal veneciano de 1506 iluminado en colores. Según Hortas Cáliz, “con este solo libro se puede comprar una Biblioteca”³⁵.

²⁸ Manuel Gómez Moreno, “La biblioteca de la Colegial”, *El Guadalete*, Jerez, jueves 24 de agosto de 1899.

²⁹ Rosa M^a Toribio Ruiz, *La biblioteca de don Juan Díaz de la Guerra*, Sevilla, 1991, pp. 17-18.

³⁰ Luis de Grandallana y Zapata, *Noticia histórico-artística de algunos de los principales monumentos de Jerez...*, Jerez, 1885, p. 41.

³¹ M. Pescador y Gutiérrez del Valle, *Guía artística de Xerez de la Frontera...*, 2^a ed., Sanlúcar de Barrameda, 1914, p. 23.

³² M. Ortega, *Obra cit.*, p. 20.

³³ *Ibidem*, p. 23.

³⁴ *Ibidem*, p. 24.

³⁵ *Ibidem*, p. 19.

Una vez tratados los aspectos más interesantes de la biblioteca de la Colegial durante sus inicios, veamos que ha sido de ella en épocas posteriores.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, comienza una etapa de decadencia y oscuridad tales que, como veremos a continuación, causará grandes quebrantos a la biblioteca. El 25 de enero de 1869, el Ayuntamiento revolucionario-jerezano -en nombre del estado- incautó quinientos volúmenes a la biblioteca de la Colegial que, junto a los cedidos por la Sociedad Económica de Amigos del País y por el Ministerio de Fomento, constituyeron el fondo bibliográfico fundacional de la primera Biblioteca Pública de Jerez, inaugurada en 1873. Según cuenta Hortas Cáliz “en aquella época de desquiciamiento... los libros de esta biblioteca [se refiere a los fondos que quedaron en la Colegial] fueron a parar a una bodega; allí estuvieron algún tiempo, revueltos, abandonados, incunables y manuscritos de rarísimo merito, perdiéndose entonces obras notabilísimas”³⁶. Una vez pasada la tormenta revolucionaria, el Cabildo Colegial reclamó sus libros siéndole devueltos el 14 de agosto de 1875.

Retomando el hilo de nuestra historia, los libros se encontraban de nuevo en la Colegial, pero desordenados y sin nadie interesado en remediar la situación, por lo que la Biblioteca cae en el más absoluto abandono. En 1899, Gómez Moreno denuncia de forma cruda este estado lamentable que ha conducido a “la pérdida y destrucción de admirables códices y de ejemplares únicos”³⁷. Gómez Moreno añade:

"aquí hay sólo paralización, muerte, y el símil que más le cuadra es el de un sepulcro guardando inútilmente los despojos de seres amables y poderosos, dentro de enmohecido ataúd y cubiertos con el polvo negro y espeso de la podredumbre".

Afortunadamente, a comienzos de este siglo cambia la situación. En 1901, el P. Hortas Cáliz se encarga de esa cantidad ingente de volúmenes que, a merced del polvo y la polilla, se estaba pudriendo paulatinamente. Este modesto beneficiado desarrolló una labor encomiable, pues con infinita paciencia fue limpiando cada libro, acometiendo también las tareas de inventariar y organizar la colección. No sería exagerado decir que gracias al P. Hortas esta biblioteca ha podido llegar hasta nuestros días. Aunque actualmente la biblioteca no es lo que fue en el siglo XVIII -debido a las pérdidas sufridas y a las malas condiciones de conservación que padece- pensamos que, a pesar de todo, está entre las bibliotecas más importantes de nuestra ciudad y bien merece un esfuerzo para que tan valioso material no se pierda irremediablemente.

BIBLIOGRAFÍA

- ANTON SOLE, Pablo, “Bibliotecas y bibliófilos gaditanos”, en *Archivo Hispalense*, nº 176, 1974.
- BERTEMATI, Manuel, *Memoria histórico-crítica de la Real Sociedad Económica Jerezana*, Jerez, 1862.
- CANCELA Y RUIZ, Manuel, *Historia de Jerez*, Jerez, 1883.
- CEBRIÁN GARCÍA, José, *Luis de Luque y Leyva y sus imprentas*, Jerez, 1986.

³⁶ Gómez Moreno, Art. cit.

³⁷ Ibidem.

- CLAVIJO PROVENCIO, Ramón, *La biblioteca municipal de Jerez de la Frontera, 112 años de historia con un primer catálogo de sus libros reservados*, Jerez, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1986.
- CONCA, Antonio, *Descrizione odeporica della Spagna*, Parma, 1795.
- ESCOLAR, Hipólito, *Historia de las bibliotecas*, Madrid, 1988.
- IDEM, *Historia del libro*, Madrid, 1988.
- ESTEVE GUERRERO, Manuel, *Jerez de la Frontera. Guía oficial del arte*, Jerez, 1952.
- FALCÓN, Teodoro, “Jerez en el siglo XVIII”, en *Archivo Hispalense*, nº 217, 1988.
- FEDRIANI FUENTES, Eugenio, *Jerezanos insignes*, Jerez, 1968.
- FEE, Antonio, *Souvenirs de la guerre d’Espagne*.
- GÓMEZ MORENO, Manuel, “La biblioteca de la Colegial”, en *El Guadalete*, Jerez, 24 de agosto de 1899.
- GONZÁLEZ GORDON, Manuel María, *Jerez, Xerez, Sherry*, Jerez, 1948.
- GRANDALLANA Y ZAPATA, Luis de, *Noticias histórico-artísticas de algunos de los principales monumentos de Jerez, ilustradas con noticias inéditas*, Jerez, 1885.
- HACEDO Y ESPINA, Juan Manuel, *Carta dirigida a un amigo en que se le da la razón de las facultades y libros de que debe instruirse*, Madrid, 1769.
- LARRUGA, Eugenio, *Memorias políticas y económicas*, Madrid, 1778.
- ORTEGA, Manuel (el Dómine Gafas), *La vida que pasa*, Madrid, 1916.
- PARADA Y BARRETO, Diego Ignacio, *Noticias sobre la historia y actual estado del cultivo de la vid*, Jerez, 1868.
- PÉREZ Y PÉREZ, Manuel M., *Varietades jerezanas*, Jerez, 1916.
- PÉREZ RIOJA, Antonio, “La protección del libro bajo Carlos III”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1953.
- PESCADOR Y GUTIÉRREZ DEL VALLE, Mariano, *Guía artística de Xerez de la Frontera*, 2ª ed., Sanlúcar de Barrameda, 1914.
- PONZ, Antonio, *Viaje de España*, Madrid, 1947.
- PORTILLO, Joaquín, *Concisos recuerdos de Jerez de la Frontera*, Ms. 1847.
- IDEM, *Noches jerezanas*, Jerez, 1839.

- Real Cédula de S.M. y Sres. del Concejo por la que se prohíbe absolutamente la introducción en estos Reynos de todos los libros encuadernados fuera de ellos, a excepción de los que vengan en papel o a la rústica, Madrid, 1778.
- RODRÍGUEZ DOBLAS, M^a Dolores, *El Instituto Padre Luis Coloma, 150 años de historia*, Jerez, 1989.
- RODRÍGUEZ MOÑINO, Antonio, *La imprenta jerezana durante los siglos XVI y XVII (1564-1699)*, Badajoz, 1928.
- RUIZ LAGOS, Manuel, *Historia de la Sociedad Económica de Amigos del País de Jerez de la Frontera*, Jerez, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1972.
- IDEM, *Tareas de la Sociedad Económica de Amigos del País de Jerez de la Frontera 1833-1867*, Jerez, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, 1974.
- SANCHO DE SOPRANIS, Hipólito, *Xerez, sinopsis histórica*, Jerez, 1961.
- SOLÍS, Ramón, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1958.
- IDEM, *Historia del periodismo gaditano 1800-1850*, Cádiz, 1971.
- TORIBIO RUIZ, Rosa M^a, *La biblioteca de D. Juan Díaz de la Guerra*, Sevilla, 1991.
- TRILLO Y BORBÓN, Juan de, *Libro en donde están apuntadas todas las novedades acaecidas en esta ciudad de Jerez de la Frontera desde 1753*, Jerez, 1890.
- VIRUÉS DE SEGOVIA Y LÓPEZ DE SPÍNOLA, Francisco, *Epítome de algunas antigüedades*, Jerez, 1892.
- Yañez, Ildefonso y MARTÍNEZ ALLIER, José, *Jerez en lo pasado y en lo presente*, Jerez, 1892.
- ZARZANA, Diego F. de, “La Colegiata jerezana”, en *Revista del Ateneo*, nº 26, 1926.